

»sido considerados como patrimonio de los
»pobres, y que por esta circunstancia han
»sido respetados por vuestros antecesores,
»porque segun el modo de pensar de todos,
»no es lícito distraer esos bienes á otros usos
»que los de su primitivo destino. Vuestros
»gloriosos antepasados, y en particular vuestra
»angusta madre, reconocieron estas verdades,
»puestas en toda evidencia en la negociacion
»que tuvo lugar entre aquella gloriosa empe-
»ratriz y Benedicto XIV, de feliz memoria,
»con motivo de las abadías situadas en la Lom-
»bardia, lo cual os es bien notorio.

»Deseamos ardientemente tratar con vos
»como un padre con su hijo, y como este pro-
»yecto encontraría obstáculos en la distancia,
»nos hemos determinado á acercarnos á vues-
»tra persona y á visitaros en vuestra capi-
»tal. Para nada tendremos presente ni lo lar-
»go, ni lo incómodo del viaje que vamos
»á emprender en una edad bastante avanza-
»da y ya muy debilitada. Fuerzas hallaremos
»en el grande y único consuelo de poderos
»hablar y declararos cuán dispuestos nos ha-
»llamos á concederos gracias y á conciliar los
»derechos de V. M. I. con los de la Iglesia.
»Suplicamos, pues, encarecidamente á V. M.
»considere este paso como prenda particular
»de nuestro afecto á vuestra persona, y del
»deseo que nos anima de conservar la misma
»union. Os pedimos esta gracia, no por Nos
»en particular, sino por la causa comun de
»la Religion, por cuyo depósito debemos ve-
»lar, y que á vos toca proteger.

»Dado en Roma á 13 de diciembre de 1781,
»año sétimo de nuestro pontificado.»

Esta resolucion inesperada de ir á Viena,
cogió de improviso al cardenal de Bernis y
sorprendió á toda la Europa, mas no movió al
emperador, el cual, disimulando su sorpresa,
contestó:

«Santísimo Padre:

»Supuesto que Vuestra Santidad insiste
»en el proyecto de venir cerca de nuestra

»persona, puedo asegurarle que será recibido
»con las consideraciones y veneracion debi-
»das á su alta dignidad. Refiriéndose el ob-
»jeto de vuestro viaje á cosas que Vuestra
»Santidad considera aun como dudosas y so-
»bre las que yo he tomado ya mi determina-
»cion, permitidme creer que se vá á tomar
»un trabajo inútil. Debo prevenirle que en
»mis resoluciones nunca sigo otra regla que
»la razon, la equidad y la Religion. Antes
»de decidirme, estoy mucho tiempo reflexio-
»nando y escucho el parecer de mi Consejo;
»pero una vez decidido, insisto en mis pro-
»pósitos. Aseguro á Vuestra Santidad, que
»le profeso todo el respeto y veneracion de
»un verdadero católico y apostólico.» ¡Qué
»carta! Sin embargo, en nada varió la deter-
»minacion del Pontífice. Su paciencia era su-
»perior á todos los ultrages.

Algunos meses pasaron entre la respues-
ta de José II y la partida de Pio VI, y todo
este tiempo se empleó en tentativas para apar-
tarle de su resolucion.

El cardenal de Bernis y el caballero Aza-
ra no omitieron ninguna representacion para
conseguirlo. El primero le dirigió la carta
siguiente: «Santísimo Padre: toda la Europa
»considera como una fábula la noticia de
»vuestro viaje á Viena, y este modo de ver-
»lo prueba sus inconvenientes. Vuestros ene-
»migos no hubieran podido daros otro con-
»sejo, y vuestros amigos están desesperados
»por no haber podido prevenirle. Por favor,
»Santísimo Padre, suspended á lo menos su
»ejecucion hasta que os sea conocida la opi-
»nion de las córtes de España y Francia, cu-
»yo voto es de algun peso en vuestro ánimo.»
Esta carta, aunque enérgica, no fué mal re-
cibida del Santo Padre, cuya costumbre era
oír el parecer de todos y no incomodarse cuan-
do contrariaban su opinion particular.

«Ya veis, le dijo un dia el cardenal Bor-
»romeo, que el emperador os asegura que
»por nada cambiará de opinion. ¿A qué, pues,

»aventurarse sin esperanza á los peligros de
»un viaje tan largo?» Estas palabras hicieron
alguna impresion en el Pontífice; pero por
otra parte consideraba que su palabra estaba
ya empeñada. A fin de ilustrarse, consultó
separadamente á siete cardenales. Todos die-
ron su parecer por escrito y sia conocimiento
unos de otros, y todos opinaron por el viaje:
esta unanimidad acabó de decidir al Soberano
Pontífice.

En vano el cardenal de Bernis, insistien-
do, le hizo presente su enfermedad y que sin
aventurar su vida no podia emprender un
viaje en aquella estacion del invierno. «Voy
»á Viena, respondió el Pontífice, como iria
»al martirio. Por interés de la Religion de-
»bemos aventurar y, si es preciso, sacrificar
»nuestra vida. ¿Nos seria lícito abandonar el
»timon de la nave, precisamente cuando estu-
»viera rugiendo la tempestad?»

En vano fué tambien que el caballero de
Azara le representase al príncipe de Kaunitz
como obstinado hacia ya tiempo en su incredulidad
y dispuesto acaso á las mas indecentes
burlas acerca de este viaje. «¿Qué me importa,
»contestó, que el ministro me considere como
»ridículo, si consigo mover el corazon de su
»amo? ¿Ignoramos acaso que debemos parecer
»insensatos por Jesucristo?»

Tampoco consiguieron nada los sobrinos
de Pio VI con las reflexiones que le hicieron
para que desistiera del viaje. La determina-
cion estaba tomada. Su deseo hubiera sido via-
jar de *incógnito*, bajo el nombre de obispo de
San Juan de Letran, y vivir en el palacio de
Schoembrun; pero el emperador, para dulcifi-
car la amargura de la negativa que preparaba
al Papa, quiso prodigarle consideraciones es-
teriores y frívolos consuelos. Exigió por lo tan-
to que Pio VI pasase á habitar un departamento
que suntuosamente habia hecho preparar en su
propio palacio. Hizo construir en un ora-
torio un altar magnífico sobre el cual mandó
poner un crucifijo de gran valor, que se-

gun dicen habia pertenecido á Carlo-Magno.

En 25 de febrero de 1782 celebró el Pa-
pa un consistorio en el que entre otros regla-
mentos confió durante su ausencia el gobierno
al cardenal vicario Colonna. Anuló la bula *Ubi
Papa, ibi Roma*, para que pudiese celebrarse
el cónclave en Roma en el caso de que, sucum-
biendo á las fatigas del viaje, espirase fuera de
sus muros; y como el cardenal Palavicini, se-
cretario de Estado, gozaba de una salud muy
precaria, le designó sucesor por medio de una
cédula sellada por su mano. Se mandó que du-
rante todo el viaje estuviese espuesto el San-
tísimo en todos los principales templos de Roma
y que todos los dias en la misa se dijera la co-
lecta *pro peregrinantibus*. Hizo además acu-
ñar ochocientas medallas de oro que por el un
lado representaban los Santos Apóstoles San
Pedro y San Pablo, y por el otro su busto.

Despues de haber dedicado de este modo
su atencion al gobierno y á la Iglesia, creyó
el Pontífice no deberse negar á la efusion de
ternura hácia su familia. Hizo venir á su so-
brino Braschi, y entregándole su testamento le
dijo: «Si yo muero en este viaje, ahí encon-
»trareis mis últimas voluntades. Acordáos de
»mí en vuestras oraciones. A Dios.» El du-
que se hallaba vivamente conmovido y el Papa
enternecido volvió el rostro hácia otra parte
para ocultar las lágrimas que se escapaban de
sus ojos. Apenas bastaba el dia para los ejer-
cicios piadosos del santo Pontífice. El dia antes
de dar un paso tan decisivo, el 26 de febrero,
descendió en el silencio de la noche á los se-
pulcros de los Santos Apóstoles debajo del altar
mayor de San Pedro, imploró su asistencia con
fervor, y celebró el Oficio Divino con una pié-
dad que la ocasion y el lugar hacian aun mas
interesante.

Al otro dia 27 se trasladó muy temprano
á la capilla del Vaticano, hizo su oracion y de
allí pasó al templo de San Pedro, donde oyó
misa y luego se retiró á la hermosa sacristia
decorada por sus desvelos. Allí fué en donde se

despidió de los condes del Norte que acababan de llegar de Nápoles: regaláronle dos magníficos capotes forrados de pieles; y el príncipe, despojándose del abrigo que llevaba puesto para ofrecérsele, le dijo: «Vuestra Santidad ignora hace mucho mas frio en el pais á donde se dirige que en esta ciudad: ruégole, pues, que acepte este abrigo de pieles que no tiene mas mérito que el habérmele dado mi madre.» Y luego con los ojos humedecidos en llanto, le deseó un feliz viaje, acompañándole hasta su coche. El Santo Padre se manifestó muy sensible á estas delicadas atenciones por parte de unos príncipes separados de su comunión, mayormente cuando no recibía mas que injusticias y rigores por una parte de las cortes católicas de Europa, y en el momento en que se aventuraba á un viaje para ver si conseguía ablandar la condicion de uno de los primeros soberanos.

Finalmente, subió al coche en medio de un inmenso gentío, cuyos suspiros oía y cuyas lágrimas no podía menos de ver, al tiempo que á gritos le pedia sus últimas bendiciones. Los mas ardientes deseos, manifestados por las mas lisonjeras aclamaciones le acompañaron al pasar por todas las calles de Roma hasta la primera posta. Sin temor de equivocarse se hubiera podido afirmar que era la marcha de un padre solícito, á quien alguna urgente necesidad arrancaba de los brazos de su desolada familia. No podía equivocarse acerca de la naturaleza de los sentimientos que inspiraba á sus súbditos. No podía dudar acerca de aquel amor unánime y verdadero de un pueblo agradecido, único que podía indemnizarle de las inquietudes, disgustos y amargura que hacia ya mucho tiempo eran el triste patrimonio de la tiara, único que podía indemnizarle de los ultrajes y persecuciones de la intolerante filosofía y de los deplorables efectos de los errores á que arrastraba á los soberanos uno despues de otro. Antes de salir de Roma quiso cumplir con un

postro acto de devocion, con el cual dió un nuevo ejemplo de edificacion al pueblo. Mandó detener el carruaje á la puerta de los PP. del Oratorio de *Santa Maria de Velicella*, bajó, invocó al Dios que tiene en su mano el corazon de los reyes, volvió á subir al carruaje y al fin salió de la ciudad por la puerta del *Popolo*.

Los mas ilustres personajes de Roma le acompañaron hasta la pequeña poblacion de Otricoli, y allí quiso dar al conde y condesa del Norte una última prueba de afecto, y hacerles, aunque ausente, los honores de su capital. Mandó, pues, que se iluminara la iglesia de San Pedro y se hicieran fuegos artificiales en el castillo de Sant-Angelo.

Al tercer dia llegó á Tolentino, al mismo sitio donde catorce años despues debia comprar por medio de enormes sacrificios algunos miserables restos (que ni aun se los dejaron poseer mucho tiempo) de sus desolados dominios. Las reliquias de San Nicolás de Tolentino llamaron su atencion y recibieron sus homenajes. Su ruta le conducía á Nuestra Señora de Loreto y allí depositó su ofrenda al lado de las demas con que la piadosa liberalidad venia desde tiempo atrás enriqueciendo aquella capilla, tan magnífica como reverenciada. La multitud se apresuraba por todas partes á salirle al encuentro. Los prelados y dignatarios corrían presurosos á honrarle y solemnizar su pasage. Para llegar á Cesena, pueblo de su nacimiento, tenia que atravesar un rio famoso en la historia. El contraste singular que ofrecía el suceso que dió celebridad histórica á aquel rio, con lo que motivaba el paso del Pontífice, dió lugar á que se digera que «César habia pasado el rubicon para llevar la guerra á Roma, y Pio VI lo pasaba para ofrecer la paz á Viena.»

Rodeado de su familia en Cesena, Pio VI, siempre sencillo y sincero, así en sus afectos como en su conducta, hizo desaparecer todo ceremonial ante la naturaleza. La etiqueta

exigia que el Soberano Pontífice estuviese enteramente aislado en la mesa: pero á despecho de ella fueron admitidos á la suya hombres, mugeres y niños, y Su Santidad no trató de ocultar la ternura que le causaba aquella reunion. Aquel dia gozó de uno de los mas dulces consuelos, pues se le presentó el conde de Zambecari, nombrado plenipotenciario del rey de España, para cumplimentarle en su viaje. Carlos III le escribía de su propio puño: «Envidio al emperador porque va á tener la dicha de poseeros en Viena. Nada desearia yo tanto como semejante fortuna.»

Habiendo llegado el dia siguiente 18 de marzo á Imola, volvió Pio VI á recibir el homenaje de otra testa coronada. El rey de Cerdeña envió señores de su corte á cumplimentarle. El 10 se presentó personalmente el duque de Parma.

En Ferrara encontró Pio VI á un individuo de la guardia noble del emperador, que venia desde Viena á recibirle. Allí supo que la respuesta de José á su último breve, que el Pontífice no habia creído necesario esperar, habia llegado á Roma, y que lo mismo que la primera anunciaba una invencible perseverancia. Ya se lo esperaba el Santo Padre, mas no por eso desistió de llevar adelante su viaje. El emperador manifestaba deseos de que aceptara para habitacion el departamento que ocupó la difunta reina de Hungría en su palacio imperial; hacia observar al efecto, que el decoro y su recíproca dignidad parecían exigirlo así, y además, que teniendo que tratar de muchas cosas, podrian verse con mas facilidad cuanto mas cerca estuviesen.

Al salir de Ferrara y llegar á las márgenes del Pó, encontró el *Bucentauro* que el senado de Venecia habia mandado preparar para conducirlo y una inmensa multitud de gente que cubria la orilla del rio. Así fué conducido hasta el sitio en que el Adige desemboca en el Pó, y desde allí á la isla veneciana de Chiozza donde fué cumplimentado por los

prelados venecianos, por el dux y el senado representado por los dos procuradores de San Marcos que le acompañaron hasta las fronteras del Estado veneciano. Cuando llegó á la laguna desde donde se divisaba aquella famosa ciudad, con razon llamada en otro tiempo Reina de los mares, encontró una multitud tal de barcas y góndolas, que apenas podian abrir paso á la magnífica nave á cuyo bordo iba. Todo el pueblo prosternado pidió y obtuvo su bendicion. Los árboles de las márgenes se doblaban al peso de la multitud de espectadores que se habian subido sobre ellos, y lágrimas de alegría y admiracion corrían por todos los rostros. Por fin desembarcó en Malgherra, y encontró adornado el desembarcadero con preciosos tapices. El obispo de Trevisa, que le esperaba en este punto, le condujo á Mestre, donde fué recibido por todas las personas mas distinguidas del pais, por los embajadores de España y de Viena, y por su propio nuncio. Despues de algunos momentos de descanso en Trevisa, atravesó el Piave por un puente construido espresamente para él y el Tagliamento en una barca soberbiamente decorada, y no tardó en llegar á Udina, última ciudad de aquella república.

De allí el Santo Padre entró en los Estados del emperador y llegó á Goertz, primera ciudad de sus dominios, en la Carniola. Allí encontró al nuncio Garampi, al conde de Cobentzel, vicescanciller del emperador, un escuadron de la guardia noble y varios señores austriacos. Allí dicen que supo que el arzobispo de aquella ciudad acababa de ser llamado á Viena para ser reprendido por su adhesión á la Santa Sede, á causa de no haber querido publicar en su diócesis los edictos subversivos contra la Religion dados por el emperador. El autor del libelo intitulado *Memorias históricas y filosóficas sobre Pio VI*, dice que el Papa, al saber esta noticia, profirió estas palabras: «Muy bien hecho: es preciso obedecer pun-

»tualmente á las órdenes del soberano.» Pio VI no era tan inconsecuente que pudiese aprobar el castigo de una resistencia legítima y mandada por la Religión á unos edictos que él mismo había combatido por medio de representaciones, y que por último venía á combatir, si así puede decirse, personalmente. Pudo muy bien decir que debe obedecerse al soberano, porque esto es una verdad incontestable; pero no hubiera dejado de añadir: «En todo lo que no sea contrario á la conciencia.»

En Laybach tuvo la satisfacción de encontrar á la archiduquesa María Ana, hermana mayor del emperador, que atraída por la piedad, venía de su convento de Clagenfurt á postarse á los pies del Soberano Pontífice: así quiso hacerlo en efecto, pero él no se lo permitió, aunque no le fué posible impedir que le besara la mano. Pio VI depositó sus temores en el seno de la ilustre confidente, que no pudo responderle mas que con sus buenos deseos y animándole.

Así en Laybach como en Marburg, y en Gratz en la Estiria, encontró la misma afluencia de gente que salía á recibirle. En Laybach tuvo que andar durante una hora entre dos apiñadas filas de espectadores. En Gratz fué aun mayor la piadosa curiosidad; la multitud le rodeaba por todas partes, y todo el mundo quería besar ó por lo menos tocar sus vestidos, que parecían ser sagrados, segun la grande veneración que inspiraba. Viendo que tenían que hacerse esfuerzos para separar al pueblo, que ya casi empezaba á oprimirle, pronunció estas palabras consagradas por el Evangelio: *Dejad que los niños se acerquen á mi persona, no los rechaceis.*

Pio VI se acercaba ya á las puertas de Viena. El emperador envió á su encuentro tres nobles de la guardia húngara, que debían servirle de batidores, y sea por una casualidad, ó bien por una ocurrencia filosófica, se vió que cada uno de ellos era de una de las tres diferentes religiones admitidas en Ale-

mania, á saber, católica, luterana y calvinista. El cardenal Migazzi, arzobispo de Viena, al salir á recibir á Su Santidad, preguntó al emperador si se echarían á vuelo las campanas para solemnizar la entrada del Pontífice: «Pues ¿quién lo duda?» respondió el emperador. «No son, por ventura, vuestra artillería?»

El emperador y su hermano Maximiliano salieron á recibirle hasta Newllirchen, que es una aldea á pocas leguas de Viena. Así que vieron su coche echaron pie á tierra, y el Papa se apresuró á hacer lo mismo. Tres veces abrazó al emperador con el abandono de la mas viva efusión, y el recibimiento por parte de este no fué, al parecer, menos afectuoso. No faltó quien creyó ver en los ojos de estos eminentes personajes algunas lágrimas de ternura, lo cual seria una prueba de que la filosofía aun no había conseguido sofocar el buen natural que el emperador había recibido de la Providencia. Hizo subir al Pontífice á su propia carroza, y le cedió la derecha. Su entrada en Viena el 22 de marzo presentaba todo el aspecto de un triunfo, pues el pueblo manifestaba de la manera mas brillante su devoción y su alegría. Viéronse en la precisión de caminar con la mayor lentitud para no atropellar á la muchedumbre á quien Pio VI daba su bendición desde el fondo de su coche. El emperador le dió la mano para descender. Los ministros y la nobleza se hallaban reunidos en el palacio y recibieron al Papa, que en seguida pasó á la capilla imperial donde se cantó el *Te Deum* en accion de gracias por el feliz término de su viaje.

Súpose, sin embargo, que José, el cual á algunas buenas prendas reunia no pequeñas debilidades, se había incomodado algo por las aclamaciones que Pio VI había recibido en el tránsito: súpose tambien que estaba resentido particularmente de las advertencias paternales que se dice haber hecho el Pontífice á los obispos, que con una complacencia ó preci-

pitacion afectadas publicaron los decretos imperiales contra la disciplina de la Iglesia. Y tambien hubo lugar de observar que el Pontífice se hallaba como prisionero en el suntuoso departamento de la reina difunta, del cual todas las puertas que conducian al interior habían sido tapiadas, menos una que estaba confiada á la custodia de una guardia noble. Echóse de ver que no se permitia la entrada sino á personas conocidas, y que se cuidaba particularmente de que nadie se presentara con solicitudes.

Hácia esta época fué cuando el emperador, temiendo sin duda que la presencia del Papa exaltase algun tanto los ánimos, dió á instancias del clero un estatuto para prevenir, segun él decia, las malas interpretaciones á que los decretos anteriormente espedidos sobre materias de Religión pudieran dar lugar. Este sin duda fué tambien el motivo por el que mandó á todos los obispos permanecer en sus diócesis mientras el Pontífice estuviese en Viena, absteniéndose de venir á esta ciudad sin solicitar antes Real licencia, que probablemente no habría sido concedida, y que por consiguiente nadie se acordó de pedir.

El Papa hizo su primera visita al emperador y al archiduque Maximiliano el 22 de marzo. El 25, dia de la Anunciación de nuestra Señora, fué á decir misa á los capuchinos, y descendió al panteon de la familia imperial á hacer oracion.

Su Santidad presidió todas las ceremonias de Semana Santa con una solemnidad nunca vista en Viena, y de sus manos recibieron el emperador y su hermano la comunión pascual. El mismo dia lavó los pies á doce pobres ancianos, cuyos años reunidos componian mas de diez siglos. El dia de Pascua celebró en la iglesia de San Esteban y desplegó toda la magnificencia de las ceremonias religiosas. El pueblo de Viena vió entonces todo lo que el Gefe del catolicismo puede ofrecer de mas magistoso en las mas solemnes circunstancias.

y creyó asistir al oficio divino en la basilica de San Pedro en Roma, segun lo muy completa que fué la semejanza. Dos príncipes, esto es, el de Schwartzemberg y el de Aversperg, lavaron alternativamente las manos á Pio VI. Despues del Evangelio pronunció una arenga en latin, cuya elocuencia y unción enternecieron al auditorio. Su piedad, su interesante sencillez, su magestad templada por todo lo que la bondad tiene de mas interesante y atractivo, le granjearon todos los corazones. La viva sensación que hizo en Viena está confirmada por todos los testigos oculares y hasta por un luterano, cuyo testimonio en favor del Santo Padre no puede ciertamente ser sospechoso. «El efecto de la presencia del Papa en Viena, escribia dicho luterano á uno de sus amigos, es prodigioso, y no me admiro de que en otros tiempos haya producido estrañas revoluciones. Varias veces he visto al Pontífice en el momento de dar su bendición al pueblo: ya sabeis que no soy católico, ni fácil de conmover; mas sin embargo, semejante espectáculo me ha enternecido casi hasta el punto de derramar lágrimas. No podeis figuraros cuán interesante es ver mas de cincuenta mil hombres reunidos en un mismo sitio, manifestando en sus miradas y actitud el sello de la devoción y el entusiasmo con que esperan una bendición de la que hacen depender su prosperidad en este mundo y su dicha en el otro. Ocupados enteramente con esta idea, no se aperciben de la incomodidad de su posición: comprimiéndose unos con otros, y respirando apenas, ven aparecer el Gefe de la Iglesia católica con toda su pompa, con la tiara en la cabeza, revestido de sus ropas pontificales, sagradas para ellos y magníficas para todos, rodeado de todos los cardenales que se encontraban en Viena y de todo el alto clero. El Pontífice se inclina hácia la tierra, levanta sus brazos al cielo en la actitud de un hombre íntimamente persuadido de que eleva todos los votos de un pue-